

EL PATRIOTISMO Y LA MUSICA

Dedicado a mi amigo Angel Fuenmayor, de quien es la idea madre de este escrito.

Para considerar las distintas escuelas musicales, el sentimiento patriótico dificulta frecuentemente, de una manera lamentable, el juicio sereno que se requiere.

Esto reza con la mayor parte de los europeos amantes de la música, no con nosotros los americanos que, siempre que no estemos bajo el peso de alguna influencia extranjera que nos desequilibre, nos encontramos mejor situados para juzgarla, pues no la contemplamos al través de un orgullo mezquino de arte patrio, ya que no existe aún, en ninguno de nuestros jóvenes países, lo que propiamente se llama "escuela musical", o por lo menos no hay de ésta una vieja historia, como sucede en las antiguas naciones del Viejo Mundo que, ya se sabe, es la cuna de los más grandes compositores. Los europeos, en cambio,—a menos que se trate de espíritus selectos, tan sensibles como serenos,—se ciegan por el patriotismo. Reconozco que existen no pocos de esos espíritus, pero repito que los ciegos patriotas están en mayoría agobiante. ¡Cuánto estorba este sentimiento terrestre cuando se trata de "la música verdadera" cuya más honda y alta expresión, sólo se halla en el "más allá" del sentimiento humano en ese otro mundo que brinda esa diosa a los espíritus sensitivos y libres que ascienden a sus dominios ideales emancipados de las garras de aquí abajo!

Al hablar así, pienso en los italianos tanto como en los franceses y en los alemanes... y hasta en los rusos. De los tres primeros mencionados, y los influídos por ellos, tengo muchas pruebas de lo que he dicho, adquiridas en la corta vida de mi verdadera orientación como oyente musical.

Los italianos (y los musicalmente italianizados), ante la antigüedad de su escuela, ante el origen que en ella han tenido los distintos géneros de música que tanto han llegado a valer en nuestros días, ante la rapidez con que han recorrido el mundo sus dulces melodías y el fácil eco que ha hallado su "bel canto" en todos los corazones... fáciles (perdóneseme la expresión), niegan que en la historia pueda haber gloria musical más grande.

Los franceses, mayormente influídos por algunos de sus literatos musicólogos que están lejos de ser los más eminentes, en brazos de los hallazgos de su nueva escuela y ante la talla de su finísimo y muy original creador Debussy y de sus otros genios Fauré, D'Indy, etc., como en contemplación de la obra de sus compositores más jóvenes, pretenden probar que esta actualidad gloriosa suya vale mucho más en el arte musical que el pasado inmediato de toda otra escuela. ¡Error! ¡Irreverencia! Digo esto porque, aun sinceramente convencido como estoy de que la moderna música francesa es algo muy grande en la historia del arte, no dejo de comprender que, pasados los años que el mundo necesita para apreciarla plena y definitivamente, si ha de permanecer en la gran elevación que le corresponde, ella nunca será ésa que creen contemplar esos alucinados por juicios nada serenos y tan inconscientes en sus irreverencias como en sus endiosamientos, juicios éstos que sólo se leen en esas críticas musicales francesas que, en la misma Francia, espíritus superiores, mucho más equilibrados y autorizados, critican a su vez como espejismo desgraciado de un inoportuno amor a la patria.

Digamos ahora algo de los alemanes, de los alemanes que conocen lo que es la música verdadera; porque a pesar de que su país

ha producido lo más grande en este arte, casi ninguno de los que viven en Caracas tiene conciencia de esta faz gloriosa de su patria, de esta faz en ella la más gloriosa de todas; dicho sea esto en cumplimiento de una verdad, aunque ella interese solamente a nosotros los sentimentales. En mis viajes fuera de Venezuela me he encontrado con no pocos de esos otros germanos que sí son conscientes a este respecto; pero a casi todos ellos les pasa, con poca diferencia, lo que al único alemán de real cultura musical que conozco en esta ciudad. (Otros habrán entre los que no he tratado). Este último aludido, verdaderamente refinado en su educación, con serios conocimientos de los más grandes literatos y filósofos de Alemania, con una sensibilidad musical asombrosa pasada por el crisol de Bach, Beethoven y Wagner, pues, entre mil sublimidades de la música alemana, conoce tan bien la "Pasión según San Mateo" como la "Novena Sinfonía" y la "Tetralogía de los Nibelungos"; con todo esto, este alemán, hoy hermano "mayor" espiritual mío (aunque bastante "menor" en edad) salió de su tierra, hace menos de dos años, sin conocer más grandezas artísticas que las de su país; y aunque ellas solas, en el mundo de la música, representan acaso más de medio mundo en que parecía él estar perdido, tuve yo la rara dicha de conducir, aquí en Caracas y por el modesto órgano del gramófono, a ese coloso oyente de la colosal música alemana, por el camino que, pasando con el espíritu la misma frontera que brutalmente atravesaron sus paisanos en 1914, debía hacerle conocer un hijo de Lieja que se llama César Franck, ante cuya música, sublimemente luminosa, tuvo la primera revelación de que el verdadero cielo musical se extiende también por sobre otras tierras más acá de Alemania... Luego, siguiendo siempre espiritualmente por donde, atropellándolo todo, continuaron invadiendo materialmente sus mismos compatriotas de aquel año, le hice conocer a Debussy, cuyos sutiles y exóticos sentimientos pronto respondieron en su extraordinaria sensibilidad que he encontrado siempre abierta a todo lo grande y verdadero; y andando y andando así he guiado su espíritu hasta España, y siente ya el deleite de la música de Iberia a través de las almas privilegiadas de Albéniz y Granados. Es este relato íntimo la corta historia de quizás el único bien espiritual que he hecho, al doblegar en este amigo y en este sentido ideal, el patriotismo alemán que, por primera vez y ya a esas alturas, no he encontrado rebelde; docilidad ésta nada común en los alemanes amantes de la música, quienes, generalmente sistemáticos y aferrados en esto como en todo, perdiéndose en la grandeza de este arte de su patria, privan a su espíritu de la grandeza mayor de extender sus alas y volar por el mundo sin límites del sentimiento humano.

Entre los pocos rusos con que me he topado en el camino de la vida, ninguno ha sido de una cultura que me permitiera juzgar acerca de lo que su patriotismo tiene que decir en su manera de considerar la música, que es cosa formidable hoy en su tierra. Pero en ella estoy seguro que se repite la eterna historia; la humanidad es una sola y unas mismas tienen que ser sus pasiones por doquier.

Salvados nosotros los americanos de este patriotismo que constituye un pecado ante La Música que es "la articulación sagrada e indestructible de la humanidad", demos por ello gracias al cielo y, para disfrutar sin fin de este beneficio, conservémonos puros, huyendo de todo maligno y vergonzoso coítagio.

I. M. CAPRILES.

Enero, 1927.